

# **Un gran señor**

Nina Bouraoui

Traducido del francés por  
Malika Embarek López

*A mi familia*

Mi padre ingresó el 28 de mayo de 2022 en el centro médico de cuidados paliativos Jeanne-Garnier.

Sé que si no exteriorizamos una pena, si no la expresamos, nos arriesgamos a que resurja tiempo después y nos desorienta por inesperada. La pena tiene memoria, debo pues aligerarme de esos recuerdos y transmitir las imágenes que conservo de mi padre cuando estaba en su casa y ahora en esta habitación 119 que da a un jardín. Me gusta creer en el efecto calmante del perfume de las flores y del canto de los pájaros sobre el dolor que atenaza su carne, sus huesos, me gusta pensar que su alma huirá por la ventana y será entregada al lecho de la naturaleza antes de elevarse hacia un universo esférico y vaporoso.

Cada vez que mi padre me pregunta cuánto tiempo debe quedarse aquí, le prometo que saldrá tan pronto como recupere fuerzas. Lo engaño y me engaño. Su habitación se convierte en la de mi infancia, con sus ilusiones, sus fantasías.

He leído que sobre cien mil casos de cáncer uno se cura, se autocura, que muy pocos pacientes abandonan este centro para recuperar la vida que llevaban antes; en realidad, la estancia media en cuidados paliativos oscila entre diez y

catorce días, basta con observar delante del edificio las ambulancias que llegan y luego parten hacia la morgue para entender el juego de las sillas.

Me pregunto si, una vez que pase el efecto de los calmantes que le han administrado, sabrá que va a morir. Cuando dejo de pensar en su desaparición, me traslado a un tiempo anterior a su enfermedad, a un tiempo desocupado desde hace años, o así me lo parece. El fin de una vida es una aventura con todas las de la ley, tiene sus ritos, sus costumbres, su geografía y sus personajes, petrifica las aventuras pasadas tras guardarlas en una cámara secreta cuyas llaves se han perdido, dos mundos se entremezclan, el de los que están tendidos con el de los que están de pie, ningún lenguaje contiene la precisión suficiente para que ambos se entiendan y se respondan. Sé de la indignación de aquel y del desamparo de este.

Imagino el cáncer como un ser a medio camino entre un animal y un vegetal, con brotes, ramificaciones, ventosas, colmillos, tentáculos. Se sacia con la sangre de mi padre, se atiborra de la carne que a él le queda, ha tomado el poder, se divierte, destruye, nos desprecia, a nosotros, espectadores azorados y noqueados por su furia.

Vislumbro tres etapas que son los tres movimientos de una caída en el vacío: mi padre en lo alto de un rascacielos (enfermo), mi padre en pleno vuelo (en cuidados paliativos) y mi padre en la tierra (cuando se apague). «Mi padre se va a morir» es una frase violenta y de doble efecto; al pronunciarla sorprende, luego, por un instante, desafía al destino y consigue que me convenza de las virtudes del

lenguaje, de su dimensión mágica y de los enigmas que encierra.

La enfermedad ha transformado su rostro o ha importado otro de una época lejana, jamás ha parecido tan extranjero y tan extraño: su silueta, sus músculos han mutado hacia una naturaleza desconocida. Descubro en su dependencia al bebé que un día fue; por una especie de parcelación del tiempo, los últimos días se conectan con los primeros. No tengo ninguna fotografía de él cuando era pequeño. Es como si ese vacío documental sugiriera que llegó a la adolescencia sin transición. Durante mucho tiempo mi padre alimentó una leyenda: tenía el pelo rubio y los ojos azules, pero los colores oscurecieron con la madurez. Intento encontrar en esa piel, que se ha vuelto fina como el papel de fumar, las reminiscencias de una palidez infantil desvanecida; mi mirada es indecente, busca una existencia anterior al peligro. Me siento inmadura y con ganas de renunciar a la función que el destino me ha atribuido al convertirme en testigo de mi padre, como el de una boda, en testigo de unas nupcias fúnebres.

Me parezco a él, compartimos los rasgos, el carácter y un fluido que recorre nuestras manos, transmitido por un antepasado, un morabito que ejercía su don en Susa. De tanto observarlo, una imagen espectral surge de la suya: reconozco en sus rasgos los de mi rostro, como si hubiera envejecido, como si se hubiera cuarteado.

Durante el mes anterior a su ingreso en el centro Jeanne-Garnier, voy a verlo a su casa, tres o cuatro veces por semana, se sorprende, y, envuelto en una manta, en una ocasión me dice bajito que *ellos* lo han envenenado, quizá se refiere con *ellos* a los miembros de la sociedad que frecuentaba por su trabajo, sociedad a la que solo tuve acceso por fragmentos de conversaciones, demasiado codificados para entender lo que insinuaban y lo bastante claros para alimentar mis fantasías: era ese agente secreto que sin duda alguna nunca fue. Le adjudico el grado de héroe, presente y ausente en mi infancia, al igual que en estos días que empiezan aquí y que él atraviesa en un duermevela. Mi padre abandonará la tierra tras haber abandonado la ciudad, enfermo, moribundo, expulsado de las calles, de las avenidas, de los bulevares, de la muchedumbre. Podrá renacer el verano, estallar la luz, podrán alargarse los días, besarse los enamorados, y mi padre ya no lo verá, enclaustrado aquí, privado de los instantes felices y de la vitalidad de los hombres y mujeres de afuera. La verdadera soledad se extiende por el cuerpo de mi progenitor —es la primera vez que utilizo esta palabra— y, al abrazarse vida y muerte, también se extiende por su esqueleto, que se deja ver antes de que ajusten la sábana para ocultarlo.

El horario de visitas empieza a las dos de la tarde, mi padre está en el primer piso, llamado del Sagrado Corazón, no tomo el ascensor, voy por las escaleras, cada peldaño es un pensamiento, no me avergüenzo de reconocer que mi rabia es igual de grande que mi tristeza, que la cobardía recorre mi ánimo, que mi gratitud hacia los médicos lleva la impronta de mi injusto odio, que mi paciencia se convierte en desasosiego en un abrir y cerrar de ojos, que me he vuelto adicta a este lugar al que regreso con frenesí porque *contiene* mis gestos, el sonido de mi voz, una parte de mí disociada de mi padre, una parte sombría donde se matan mis demonios entre sí: aquí aprendo a aceptar la idea de mi propia muerte.

La planta es circular. Para acceder a su habitación me suelo equivocar de sentido, porque mi memoria rechaza el recuerdo de su disposición laberíntica o porque me impongo a mí misma una ronda de vigilancia, bordeando las puertas tras las cuales descansa un desconocido, enfermo o moribundo, como si también tuviera que poner a prueba mi imaginación.



Las puertas de las habitaciones cuentan con un ojo de buey transparente, dotado de una pequeña persiana que se cierra cuando están atendiendo al enfermo y, una vez concluido el aseo o el suministro de medicinas, se enciende un piloto verde. Antes de entrar, si me autorizan a ello, miro por el ojo de buey para comprobar si hay alguien de mi familia dentro: mi madre, mi hermana o sus hijos. La imagen tras el cristal de aumento, agrandada y deforme, recuerda la de los fondos marinos, vistos a través de una máscara de buceo.

Vivimos nuestras horas, nuestras tardes conforme a un calendario íntimo: nos separamos cuando empieza a anochecer, nos reencontramos al día siguiente sin enunciar la posibilidad de la muerte de mi padre durante la noche. Lo que no se expresa perdura en la periferia de la vida inmediata, en un margen invisible que nadie de nosotros desea exhumar.

Arrimadas a las paredes de la habitación hay una butaca y dos sillas que movemos de sitio apropiándonos del espacio, cuya simetría rompemos para estar cerca del durmiente, quien, al despertar, se sorprende por nuestra presencia y por la suya en este lugar del que desea salir, acusándolo de agravar su enfermedad. Desconfía del sosiego y la dulzura de aquí, que contrastan con el ruido y la brutalidad experimentados en el hospital, se preocupa por el coste de su *estancia* en este establecimiento, que designa como «hotel» o «apartamento» cuando no sabe dónde está.

Un gran ventanal da a unos robles y unos sauces, la luz del día apenas roza el marco de la habitación, aunque es suficiente para iluminar la escena y grabar en nuestras mentes las imágenes del cuerpo de mi padre, que se derrite, se disuelve, se disgrega. Sobre una tabla fija, una bandeja contiene unos alimentos blandos en forma de rollitos, treinta y cinco centilitros de vino Merlot, una compota de manzana o de albaricoque, un agua mineral; en el cuarto de baño reconozco su batín de terciopelo, sus zapatillas de cuero, su frasco de perfume. Como si se tratara de una división mágica de mi conciencia —fantasía y realidad—, juraría que el hombre acostado en la cama no es mi padre y que él llegará pronto a recoger sus objetos perdidos.

En los primeros días, cuando todavía se levanta, lo ayudamos a caminar; inclinado sobre el lavabo, aparta mis manos que lo sostienen por la cintura, me reprocha que lo estoy asfixiando, cada uno de mis gestos me parece inútil. El cáncer maniobra desplazando la línea que separa el amor de la compasión, abusa de su *arrendador*, lo induce a equivocarse, a dudar de su gente, a pesar de ser sus *peces pilotos*, que lo llevan como al velocista a la mejor posición.

Me obligo a mí misma a salir de allí a las siete de la tarde, me incomoda unirme a la masa de gente, me siento distinta de los hombres y mujeres que la componen, mareada, desorientada hasta que encuentro el camino hacia mi barrio al que llego andando. El centro Jeanne-Garnier está situado en el número 106 de la Avenue Émile-Zola en el distrito quince. A la izquierda de la salida principal, a unas pocas calles, en el 118 de la Rue Saint-Charles, está el edificio pequeño y moderno, de balcones con enrejado, que fue mi primer domicilio en París, cuando en el verano de mis catorce años abandonamos precipitadamente Argel. Conservo en mí un mito, el de la capital de mi infancia que me abraza como una mujer, me besa en la frente antes de que

llegue la noche, me protege desde una distancia de miles de kilómetros. Mi padre, muriéndose cerca de la casa de mi desarraigo y luego de mi renacer, me produce un sentimiento de doble desgarró: las ramas y las flores de mi árbol genealógico argelino caerán.

Voy andando hacia el Sena, el río marca el corte entre las dos orillas, la referencia más segura para no perderme, paso delante de una valla que oculta unas obras en construcción. Obligada a caminar por la calzada, siento la ráfaga de aire de los coches que me adelantan y podrían atropellarme: fantasía masoquista de una desgracia que lleva a otra. En la esquina de la Rue du Commerce, reconozco algo más que una ciudad, reconozco sus latidos, su color, su vibración, cuanto más me alejo del centro Jeanne-Garnier, más se disipan sus imágenes, y emergen a modo de flashes unas instantáneas, las de mi padre de antaño:

a la salida del colegio, apoyado contra su coche, lleva una gabardina beis, fuma un Peter Stuyvesant,

se zambulle en el mar desde lo alto de una roca, con el cuerpo encorvado y luego vertical,

una mañana de septiembre recibo una postal: «la Isla de Pascua te gustaría, los dioses se han transformado en estatuas de piedra»,

llega con los brazos cargados de acebo y mimosas, en las ruinas romanas y marítimas, estoy encaramada sobre sus hombros y me dice: «Avísanos si ves un barco pirata acercarse a la orilla»,

su camisa blanca, su cazadora de ante, sus botines,  
Ronsard y Apollinaire en su voz,  
la chispa de perfume pulverizada detrás de las orejas,  
en el pecho, las axilas, la entrepierna,  
las hojas de papel llenas de su escritura, el cenicero,  
el mechero, los cigarrillos, los bolígrafos que lo rodean,  
sentado en la alfombra con las piernas cruzadas.

Mi padre es el escriba-faquir.

Todos mis pensamientos vuelan hacia él con la frecuencia de las ideas invasivas de una derrota o de una victoria en el amor, me es imposible poner freno a mi mente, alejarla de su misión, que consiste en repetir el acontecimiento, divulgarlo. Mientras camino, telefono a A. y a la Amiga, pasando del círculo familiar al círculo amoroso, amistoso, sororal, territorio donde me siento comprendida, escuchada, a salvo. Restituyo la cronología de la tarde que he pasado, los hechos, los actos, el avance o el estancamiento de la enfermedad y mis asombros. La habitación de mi padre es el escenario de una dramaturgia, cada uno de nosotros lucha por un lugar, un gesto, una palabra, obsesionándose por el deseo de que te quiera la persona que está en el umbral de las tinieblas.

A. y la Amiga desean acompañarme al centro médico, yo las prefiero vírgenes de aquí y que el relato que reciben de la agonía, al no estar físicamente confrontadas a ella, logre que esta agonía, escuchada, relatada, se convierta en una novela, es decir, en una historia que no existe.

Quiero sanar el cuerpo de mi padre con el mío, camino muchos kilómetros, ejercicio que él practicaba. No hace mucho, me encontré con él en la calle, zigzagueando entre los coches, con ayuda de un bastón, y creí en un milagro, en una mejoría. Él, que se había salvado de un atentado, de una toma de rehenes, de un seísmo, quizá sabría enderezar los resultados de los análisis de sangre realizados en un laboratorio de su barrio, que eran cada vez peores. Yo los fotografiaba al llegar a casa, sondeaba las fórmulas, las cifras, las palabras hematías, leucocitos, células epiteliales, unos términos que parecían extraídos de un glosario de botánica.

Al llegar al Quai Anatole France, siento los fantasmas de mi juventud como apresados en el agua, allí donde antaño estaba la piscina flotante Deligny antes de que se hundiera en el Sena en los años noventa. La decoración y los elementos de entonces reaparecen: el solárium, la mesa de pimpón, el suelo de madera calentada por el sol, la masa de cuerpos embadurnados con crema bronceadora, cuyo sueño no era el que precedía a la muerte, sino el que sucedía al goce. Esa piscina fue un edén, y acceder a él y frecuentarlo, una iniciación a las tres cosas más importantes de la vida cuando tienes diecinueve años: la diversión, la belleza, el deseo.

En la ducha afluyen las lágrimas, me estremezco, me doblo por la tormenta de sollozos, la afronto desnuda, sosteniéndome la cabeza con los brazos, me sobresalto como si me administraran descargas eléctricas, son crisis breves por no haber llorado en el momento en que lo necesitaba, me froto la piel, el cabello, y vuelta a empezar para deshacerme de la desgracia que creo se compone de átomos, de espinas, de cáscaras y de polvo, me palpo los senos, el vientre, las axilas, petrificada ante la idea de descubrir un bulto o una mancha anómala; mi enfermedad imaginaria se injerta en la de mi padre. Necesito hacer un esfuerzo para reintegrar la vida fuera de las puertas del Jeanne-Garnier, me prohíbo a mí misma relajar la atención, distraerme, me mantengo alerta, con el teléfono cerca, temiendo una llamada que me anuncie lo peor, llamada que no existe, pero cuyo timbre imagino oír, como una presciencia; mi única ignorancia atañe a la organización de las cosas, no sé quién me avisará.

La Amiga está frente a mí y deja que le cuente de nuevo los detalles más espantosos, más extraños; lamenta su silencio tras la muerte de su padre cuando ella tenía veintidós años,



silencio que ha ido creciendo a la manera de las zarzas silvestres hasta que las arrancó con el paso del tiempo. Al precederme en esa experiencia, mi adorada gemela adoptiva conoce el camino que voy a recorrer, los abismos y los barrancos, la esperanza y la decepción, el consuelo de la palabra sin tabúes; vivo a través de ella una parte de su historia, y, a la vez, temo reactivar, en una forma insospechada, un dolor temporalmente aplazado, como si la pena cambiara de máscara a medida que pasa el tiempo, navegara de incógnito para no liberar de ella a quien la sufre. La enfermedad, la muerte construyen una comunidad, la de *los inconsolables* que se reconocen, se ayudan entre sí, avanzan agarrados de la mano, en una oscuridad ajena a quien no ha sido golpeado por el destino.

El centro médico que acoge a mi padre es el edificio más importante de París, suplanta a su apartamento, su edificio, su calle, su barrio, es su morada, la última, el punto cardinal al que yo me aferro también cuando no estoy ahí; *veo* a mi padre, conozco sus nuevos gestos, un brazo que tiende hacia el techo, la mano derecha sobre el rostro, como si intentara comprobar que todavía tiene forma corporal, y el tórax que se alza. *Veo* los muebles, los objetos de mi padre, *oigo* el ruido del líquido desinfectante cuando alguien acciona el recipiente fijado en la pared, un clic que lo despierta con un sobresalto, avisando de nuestra presencia, cosas sin importancia forman nuestra historia, me imagino el tiempo y el espacio envueltos en un tejido de algodón, incluso la luz ha cambiado de velocidad.

No duermo, no concilio el sueño, lo ahuyento cuando llega: si me quedo despierta, él no morirá. A., mi amor, me ha regalado un libro sobre el cuerpo humano, con unas ilustraciones que recuerdan las láminas de anatomía que se estudian en medicina. El libro es rectangular, de formato grande, con pastas duras, una figura anatómica sin piel y un esqueleto ilustran la cubierta. Los dibujos interiores son de tres dimensiones, a la manera de los antiguos volúmenes de cuentos infantiles que despliegan entre las páginas un castillo, un bosque, una granja, un cercado. El cuerpo se representa en fragmentos, basta con levantar la cara superior para acceder al fondo de la carne, las capas son múltiples, las de los riñones incluyen ese conducto desconocido, el uréter, que yo confundí con la uretra cuando nos anunciaron el cáncer de mi padre. El libro está junto a mi cama, en un altar protector, entre un cuadro de Baya, un boceto de Nigel Peake que me regaló la Amiga y mi pintura «Cabeza de indio», que ha atravesado las edades, los continentes, y que se parece cada vez más al rostro de mi padre a sus cincuenta años, como si una mano misteriosa hubiera remodelado el óvalo de la barbilla, la aleta de la nariz, el rasgado de los ojos.